LA TORRE OSCURA VII

STEPHEN KING

La Torre Oscura

PLAZA JANÉS

Capítulo I
Callahan y los vampiros

UNO

El padre Don Callahan había sido en otro tiempo el párroco de un pueblo, un pueblo llamado Salem's Lot, borrado ya de cualquier mapa. A él eso le era indiferente. Conceptos como la realidad habían dejado de importarle.

Este antiguo párroco sostenía ahora un objeto pagano en la mano: una tortuga tallada en marfil. El animal tenía una muesca en el pico y un rasguño en el caparazón, con forma de signo de interrogación. Pese a ello, era un objeto hermoso.

Hermoso y poderoso. Callahan sentía su energía en la mano como si se tratase de una descarga voltaica.

—¡Qué bonita es! —le susurró al muchacho que estaba con él—. Es la tortuga Maturin, ¿verdad?

El muchacho era Jake Chambers y había dado un gran rodeo para regresar prácticamente al punto de partida: Manhattan.

—No lo sé —respondió—. Ella la llama *sköldpadda*, y puede ayudarnos, pero no puede matar a los devastadores que nos están esperando allí. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección al Dixie Pig, al tiempo que se preguntaba si se había referido a Susannah o a Mia al utilizar de forma deliberada el pronombre «ella». En el pasado habría considerado que no tenía importancia porque ambas mujeres estaban estrechamente unidas. Sin embargo, en la actualidad creía que sí importaba, o que importaría pronto.

—¿Y usted? —preguntó Jake al padre, queriendo decir: «¿Aguantará? ¿Luchará? ¿Matará?».

—Desde luego —respondió Callahan con tranquilidad. Se metió la tortuga de marfil de ojillos sabios y caparazón arañado

en el bolsillo de la pechera, donde llevaba las balas de reserva para la pistola, luego le dio una palmadita al ingenioso objeto para asegurarse de que viajaba seguro—. Dispararé hasta que se agoten las balas, y si me quedo sin munición antes de que me maten, los aporrearé con… con la culata.

La pausa fue tan breve que Jake ni siquiera se percató de ella. Sin embargo, durante ese silencio, el Blanco habló al padre Callahan. Se trataba de una fuerza que él conocía hacía tiempo, incluso desde niño, pese a haber experimentado unos años en los que le flaqueó la fe, años en que su entendimiento de esa fuerza elemental primero se había ido difuminando para acabar esfumándose por completo. No obstante, esos días habían pasado, el Blanco volvía a ser suyo, y dijo a Dios gracias.

Jake estaba haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, diciendo algo que Callahan apenas entendió. Y lo que Jake decía no importaba. Lo que esa otra voz decía —la voz de algo

(«*Gan*»)

quizá demasiado imponente para ser llamado Dios— sí importaba.

«El muchacho debe continuar —le dijo la voz—. Ocurra lo que ocurra aquí, sea como fuere, el muchacho debe continuar. Tu parte de la historia ha llegado casi a su fin. La de él no.»

Pasaron por delante de un cartel que había en un poste de acero inoxidable (CERRADO POR FUNCIÓN PRIVADA), el amigo especial de Jake, Acho, iba trotando entre ambos, con la cabeza elevada y el hocico coronado por una de sus habituales sonrisas que eran todo dientes. Al final de la escalera, Jake encontró la bolsa de cáñamo que Susannah-Mia había traído desde Calla Bryn Sturgis y cogió dos de los platos, los 'Rizas. Los entrechocó, asintió con la cabeza al oír el sordo zumbido y luego dijo:

—Veamos la suya.

Callahan levantó la Ruger que Jake había traído desde Calla Nueva York para llevarla de vuelta al mismo sitio; la vida es una rueda y todos decimos gracias. Durante un instante, el padre tuvo el cañón de la Ruger a la altura de la mejilla, como un duelis-

ta. Entonces se palpó el bolsillo de la pechera, repleto de balas y donde estaba la tortuga, la *sköldpadda*.

Jake asintió en silencio.

—En cuanto entremos, permaneceremos juntos. Siempre juntos, con Acho entre ambos. A la de tres. Una vez que empecemos, no pararemos.

—No pararemos.

—Bien. ¿Está listo?

—Sí. Que el amor de Dios esté contigo, muchacho.

—Y con usted, padre. Uno… dos… tres. —Jake abrió la puerta y avanzaron juntos hacia la tenue luz y el sabroso y penetrante aroma a carne asada.

DOS

Jake se dirigió a lo que estaba seguro que sería su muerte al tiempo que recordaba dos cosas que Roland Deschain, su verdadero padre, había dicho. «Las batallas que duran cinco minutos propagan leyendas que perviven durante miles de años», y «No morirás necesariamente feliz cuando llegue tu hora, pero debes morir satisfecho, porque has vivido la vida desde el principio hasta el fin y el ka siempre es atendido».

Jake Chambers recorrió el Dixie Pig con la mirada y con las ideas claras.

TRES

Además, lo veía todo con una gran nitidez. Tenía los sentidos tan a flor de piel que podía oler no solo la carne asada, sino el romero con el que la habían adobado; podía oír no solo el ritmo tranquilo de su respiración, sino el murmullo de marea de su sangre, que ascendía hacia el cerebro por un lado del cuello y descendía hacia el corazón por el otro.

También recordó a Roland diciendo que incluso la batalla

más breve, desde el primer disparo hasta el último cuerpo caído, parecía larga a quienes tomaban parte en ella. El tiempo se volvía elástico; se estiraba hasta el punto de desaparecer. Jake había asentido como si lo entendiera, pero no lo entendió.

Ahora sí lo entendía.

Su primer pensamiento fue que eran demasiados; más que demasiados, muchísimos. Calculó que serían casi una centena, la mayoría, sin duda, de la clase a la que el padre Callahan llamaba «hampones». (Algunas eran hamponas, pero Jake no tenía duda de que la esencia era la misma.) Diseminados entre ellos, todos menos fornidos que las yentes hamponas y algunos tan delgados como floretes de esgrima, con la piel cetrina y el cuerpo envuelto por auras de un tenue color azul, estaban los que debían de ser vampiros.

Acho permanecía pegado a los talones de Jake, con su carita zorruna en tensión, emitiendo un gemido grave.

Ese olor a asado que flotaba en el aire no era de carne de cerdo.

CUATRO

«Debemos dejar tres metros entre los dos siempre que podamos, padre», eso había dicho Jake en el exterior, e incluso cuando se acercaron al *maître* del atril, Callahan se desplazó hacia la derecha de Jake para la distancia requerida entre ambos.

El muchacho también le había dicho que gritase lo más fuerte que pudiera y durante todo el tiempo que pudiera. Callahan estaba abriendo la boca para hacerlo cuando la voz del Blanco volvió a hablar en su interior. Solo pronunció una palabra, pero fue suficiente.

«*Sköldpadda*», dijo.

Callahan seguía con la Ruger levantada a la altura de la mejilla derecha. En ese momento metió la mano izquierda en el bolsillo de la pechera. La sensación que le provocó el panorama que tenía ante sus ojos no fue tan reveladora como la de su joven compañero,

aunque vio bastante: las anaranjadas antorchas eléctricas de las paredes, las velas en todas las mesas, enclaustradas en unos recipientes de un naranja más chillón, tipo Halloween, y las impecables servilletas. En la parte izquierda del comedor había un tapiz donde se veía a unos caballeros y sus damas sentados a una mesa de banquete alargada. Daba la sensación —Callahan no estaba seguro de cuál era la razón, pues los distintos estímulos y revelaciones eran demasiado sutiles— de que los allí presentes se estuvieran reacomodando después de cierto revuelo: tras un pequeño incendio en la cocina, por ejemplo, o un accidente automovilístico en la calle.

«O después de que una mujer haya tenido un niño —pensó Callahan al tiempo que acercaba la mano a la tortuga—. Eso siempre viene bien para hacer una pequeña pausa entre el aperitivo y los entrantes.»

—¡Ahora! ¡Venga, ka-mais de Gilead! —gritó una voz exaltada y nerviosa. No era una voz humana, Callahan estaba casi seguro de ello. Zumbaba demasiado para ser humana. Callahan vio una especie de híbrido monstruoso entre pájaro y hombre que estaba de pie en el fondo de la habitación. Llevaba unos vaqueros de pierna recta y una camisa blanca sin estampados, pero la cabeza que emergía del cuello de aquella camisa estaba decorada con elegantes plumas de amarillo oscuro. Sus ojos eran como gotas de alquitrán líquido.

—¡A por ellos! —gritó esa horrible y ridícula cosa, y apartó de golpe una servilleta. Debajo había una especie de arma. Callahan supuso que se trataba de una pistola, aunque parecía una de esas que se ven en *Star Trek*. ¿Cómo se llamaban? ¿Fasers? ¿Paralizadores?

Daba igual. Callahan tenía un arma mucho mejor y quería asegurarse de que todos la vieran. Apartó las sillas y el recipiente de cristal con la vela de una de las mesas más cercanas, luego retiró el mantel como un mago haciendo un truco. Lo último que deseaba era tropezar con un trozo de tela en el momento crucial. Entonces, con una agilidad que le hubiera parecido increíble hacía tan solo una semana, se subió a una de las sillas y de allí a la mesa. En cuanto estuvo encima de la mesa, levantó la

sköldpadda, con los dedos en el vientre terso de la tortuga, para que todos le echaran un buen vistazo.

«Podría cantar algo con voz suave —pensó—. Tal vez "*Moonlight Becomes You*" o "*I Left My Heart in San Francisco*".»

En ese momento llevaban exactamente treinta y cuatro segundos en el Dixie Pig.

CINCO

Los profesores de instituto que deben lidiar con un numeroso grupo de alumnos en una sala de estudio o en una reunión de clase dirán que los adolescentes, incluso cuando están recién duchados y peinados, apestan a las hormonas que sus cuerpos se afanan en fabricar. Cualquier grupo de personas en tensión emana un hedor similar, y Jake, con los sentidos despiertos en grado sumo, lo olió en aquel lugar. Cuando pasaron junto al *maître* del atril («Central del Chantaje», así le gustaba llamar a su padre a ese puesto de trabajo), el aroma de los comensales del Dixie Pig se disipaba, era el olor de las personas que volvían a la normalidad después de una especie de pelea. Sin embargo, cuando el ser que era medio pájaro gritó desde su alejado rincón, Jake captó el olor más intenso que desprendían los clientes. Era un aroma metálico, lo bastante parecido a la sangre como para estimular su genio y sus emociones. Sí, vio a Piolín retirar de golpe la servilleta de la mesa; sí, vio el arma que había debajo; sí, entendió que Callahan, subido a la mesa, era un blanco fácil. Eso preocupaba mucho menos a Jake que el arma con poder de movilización que era la boca de Piolín. El muchacho estaba echando hacia atrás el brazo derecho con la intención de lanzar el primero de sus diecinueve platos y amputar la cabeza que albergaba aquella boca, cuando Callahan levantó la tortuga.

«No funcionará, aquí no», pensó Jake, pero antes de que la idea hubiera alcanzado a formarse en su mente, entendió que sí estaba funcionando. Lo supo por el olor que emanaban los presentes. En él se palpaba la agresividad. Y los pocos que habían em-

pezado a levantarse de su mesa —a los hampones se les agrandaba el orificio rojo de la frente, y a los vampiros se les retraía y se les intensificaba el aura azul— se volvieron a sentar de golpe, como si de pronto hubieran perdido el control de los músculos.

—A por ellos, esos son los que Sayre… —Entonces Piolín dejó de hablar. Tocó la culata de su pistola de alta tecnología con la mano izquierda (si es que se podía llamar «mano» a esa espantosa garra) y luego la dejó caer. El brillo parecía haber abandonado sus ojos.

—Esos son los que Sayre… Sa-Sa-Sayre… —Una nueva pausa. Después, ese ser con aspecto de pájaro dijo—: ¡Oh, sai!, ¿qué es esa hermosura que sostenéis?

—Ya sabes lo que es —respondió Callahan. Jake se estaba moviendo y Callahan, pensando en lo que le había dicho el joven pistolero en el exterior («Asegúrese de que siempre que yo mire a la derecha pueda verle la cara»), bajó de la mesa para desplazarse junto a él, sin dejar de sostener la tortuga en alto. Prácticamente podía paladear el silencio de la habitación, pero…

Pero había otra habitación. Se oían risas socarronas y gritos roncos, de juerga; se trataba de una fiesta, a juzgar por los ruidos, y cercana. A la izquierda, justo detrás del tapiz donde se veía a los caballeros y sus damas en un banquete. «Algo pasa ahí detrás —pensó Callahan—, y apuesto a que no se trata de la noche de la partida de póquer de Elk.»

Oyó la rápida y pesada respiración de Acho, que se colaba por su perpetua sonrisa: era un motorcillo perfecto. Oyó algo más: un traqueteo violento con el sonido de fondo de un tic-tac grave y acelerado. La combinación hizo que le rechinaran los dientes y se le puso la piel de gallina. Algo se ocultaba bajo las mesas.

Acho fue el primero en ver a los insectos que avanzaban, y se quedó inmóvil como un perro de caza, con una pata levantada y el hocico apuntando hacia delante. Durante un instante, la única parte del cuerpo que movió fue la oscura y aterciopelada piel del morro: primero la arrugó para dejar a la vista las apretadas agujas que tenía por dientes, después la relajó para ocultar las fauces y por último volvió a arrugarla.

Los bichos salieron. Fueran lo que fuesen, la tortuga Maturin levantada en la mano del padre no les afectaba. Un tipo obeso con esmoquin de solapas a cuadros escoceses habló con un hilo de voz, en tono casi interrogativo, a los seres con aspecto de pájaro:

—No podían pasar más allá, Meiman, ni podían irse. Nos dijeron que…

Acho salió a la carga, lanzando un gruñido a través de los dientes apretados. Sin duda alguna era un sonido atípico en Acho, a Callahan le recordó a la onomatopeya de un bocadillo de cómic: «¡Arrggg!».

—¡No! —gritó Jake, alarmado—. ¡Acho, no!

Al oír el grito del muchacho, los chillidos y las risas que procedían de detrás del tapiz cesaron de forma abrupta, como si las yentes que estaban allí se hubieran dado cuenta de pronto de que algo había cambiado en la sala principal.

Acho no escuchó el grito de Jake. Aplastó a tres bichos uno tras otro, el crujido de sus caparazones rotos retumbó con una asquerosa nitidez en el nuevo silencio. El brambo no hizo intento alguno de comérselos, sino que se limitó a lanzar al aire sus cadáveres, del tamaño de un ratón, con un golpe de cuello y las mandíbulas abiertas como en una sonrisa.

Los demás bichos se retiraron y regresaron debajo de las mesas.

«Nació para esto —se dijo Callahan—. Puede que todos los brambos nacieran hace tiempo para esto mismo. Nacieron para esto al igual que un terrier nace para…»

Un grito ronco procedente de detrás del tapiz interrumpió esos pensamientos:

—¡Son hum! —gritó alguien, y luego algo más—: ¡Ka-hum!

Callahan tuvo el estúpido impulso de gritar: *Gesundheit!**

De pronto, antes de poder gritar eso o cualquier otra cosa, la voz de Roland le invadió la mente.

* «¡Salud!» en alemán, como se dice después de que alguien estornuda. *(N. de la T.)*

SEIS

—Jake, vete.

El muchacho se volvió hacia el padre Callahan, desconcertado. Iba caminando con los brazos cruzados, listo para lanzar los 'Rizas en cuanto se moviera el primer hampón o hampona. Acho había regresado a sus pies, aunque balanceaba la cabeza sin cesar de un lado para otro y tenía los ojos brillantes ante la perspectiva de otra presa.

—¡Vamos juntos! —sugirió Jake—. ¡Están intimidados, padre! ¡Y estamos cerca! La han hecho pasar por aquí… por esta habitación y luego por la cocina…

Callahan no prestaba atención. Seguía sosteniendo la tortuga en alto (como se sostendría una linterna en una gruta profunda) y se había vuelto hacia el tapiz. El silencio que provenía de allí detrás era mucho más terrible que los gritos, las risas enfebrecidas y los gorgoritos. Era un silencio como un arma punzante. Y el muchacho se había detenido.

—Vete mientras puedas —ordenó Callahan, luchando por mantener la calma—. Llega hasta donde ella esté si puedes. Es la orden de tu dinh. Esta es también la voluntad del Blanco.

—Pero usted no puede…

—¡Vete, Jake!

Los hampones y hamponas del Dixie Pig, al margen de que estuvieran o no subyugados por la *sköldpadda*, murmuraron con disgusto al escuchar ese grito, y sus buenas razones tenían, porque la voz que salió por boca de Callahan no era la suya.

—¡Tienes esta única oportunidad y debes aprovecharla! ¡Encuéntrala! ¡Como dinh, yo te lo ordeno!

Jake abrió los ojos de par en par al oír que la voz de Roland fluía de la garganta de Callahan. Quedó boquiabierto y miró a su alrededor, estupefacto.

Un segundo antes de que el tapiz que tenía a la izquierda fuera arrancado de cuajo, Callahan entendió la macabra broma que contenía, lo que el ojo desatento no habría captado de un primer vistazo: el asado, que era el entrante principal del ban-

quete, tenía forma humana; los caballeros y sus damas estaban comiendo carne humana y bebiendo sangre humana. El tapiz era la representación de una comunión caníbal.

En ese momento, los antiguos que estaban cenando arrancaron el obsceno tapiz y lo quemaron, mientras chillaban a través de los enormes colmillos que dejaban siempre entreabierta su boca deforme. Tenían los ojos negros como la ceguera, la piel de la mejillas y las cejas —incluso la del dorso de las manos— plagada de dientes bestiales. Como los vampiros del salón, estaban envueltos en auras, pero estas tenían un ponzoñoso color violeta tan oscuro que era casi negro. Una suerte de humor les supuraba por el rabillo de los ojos y las comisuras de los labios. Se reían con nerviosismo y muchos, a carcajadas: no parecía que ellos emitieran esos ruidos, sino que los atrapaban del aire como algo desgarrado en vida.

Callahan los conocía. Por supuesto que los conocía. ¿Acaso no lo había enviado uno de su calaña? Allí estaban los verdaderos vampiros, los Tipo Uno, guardados como un secreto y ahora soltados a los intrusos.

La tortuga que Callahan levantaba no los apaciguó lo más mínimo.

Callahan vio a Jake observando, pálido, con los ojos vidriosos y saliéndose de las órbitas por el terror; la visión de esos monstruos le había nublado cualquier propósito que tuviera en mente.

Sin saber lo que iba a salirle de la boca hasta que lo escuchó, Callahan dijo:

—¡Matarán a Acho primero! ¡Lo matarán delante de ti y se beberán su sangre!

Acho ladró al oír su nombre. A Jake se le aclaró la vista al escucharlo, pero Callahan no tenía más tiempo para seguir su trayectoria.

—La tortuga no los detendrá, pero al menos está reteniendo a los otros. Las balas no los detendrán, pero…

Con una sensación de *déjà vu* —y ¿por qué no?, ya había vivido todo eso antes, en la casa de un chico llamado Mark

Petrie—, Callahan se metió la mano por la camisa abierta y sacó el crucifijo que llevaba. El objeto golpeó con un ruido metálico contra la culata de la Ruger y luego quedó colgando debajo del arma. El crucifijo relucía con un destello blanco azulado. Los dos seres antiguos que iban a la cabeza tenían la intención de agarrar al padre y llevarlo hasta donde estaban los demás. Sin embargo, retrocedieron en ese mismo instante, lanzando alaridos de dolor. Callahan vio que se les resquebrajaba la piel y empezaba a licuarse. Esa visión lo llenó de un júbilo desenfrenado.

—¡No os acerquéis a mí! —exhortó—. ¡La fuerza de Dios os lo ordena! ¡La fuerza de Cristo os lo ordena! ¡El ka de Mundo Medio os lo ordena! ¡El poder del Blanco os lo ordena!

No obstante, uno de ellos se abalanzó de forma precipitada hacia delante, era un esqueleto deforme vestido con un antiguo y mohoso traje de gala. Llevaba una especie de condecoración antigua colgada al cuello… ¿La Cruz de Malta, tal vez? Intentó dar un zarpazo con una de sus manos de largas uñas al crucifijo que sostenía Callahan. El padre lo bajó en el último momento, y la garra del vampiro pasó dos centímetros y medio por encima del objeto. Callahan se echó hacia delante sin pensarlo y clavó la punta del crucifijo en la apergaminada y amarillenta piel de ese ser. La cruz de oro se hundió como una brocheta candente en la mantequilla. El ser con el ajado traje de gala lanzó un grito de acuosa sonoridad y de dolorosa consternación, y cayó de espaldas. Callahan volvió a meterse el crucifijo por dentro de la camisa. Durante un instante, antes de que el anciano monstruo se palmoteara la frente con sus zarpas, Callahan vio el orificio que había hecho su crucifijo. A continuación, una sustancia espesa, cremosa y amarillenta empezó a supurar por entre los dedos del antiguo. Le flaquearon las rodillas y cayó al suelo entre dos mesas. Sus compañeros se apartaron de él, gritando de indignación. El rostro del ser empezó a hundirse bajo sus manos retorcidas. Su aura echó el tufillo de una vela apagada y después no quedó más que carne amarillenta y licuada que se extendía como el vómito por las mangas de su chaqueta y las perneras del pantalón.

Callahan avanzó con grandes zancadas hacia los demás monstruos. Ya no tenía miedo. La sombra de la vergüenza, que pesaba sobre él desde que Barlow le había quitado el crucifijo y lo había roto, se había esfumado.

«Libre al fin —pensó—. Libre al fin, Dios todopoderoso, por fin soy libre. —Y luego—: Creo que esta es la redención. Y está bien, ¿verdad? Bastante bien, de hecho.»

—¡Parta eso! —gritó uno de los seres con las manos levantadas para protegerse la cara—. ¡Baratija del dios de los deros, pártala ya, dita sea!

«Sí que es una baratija del dios de los corderos. De ser así, ¿por qué te encoges?»

De haberse enfrentado a Barlow no se hubiera atrevido a responder a ese desafío, habría sido su perdición. En el Dixie Pig, Callahan volvió el crucifijo hacia el ser que había osado hablar.

—No necesito poner a prueba mi fe por el desafío de un ser como vos, sai —espetó, y las palabras resonaron en la habitación. Había obligado a los antiguos a retroceder prácticamente hasta el arco de entrada por el que habían aparecido. A los que iban delante les habían aparecido en las manos y en la cara unos enormes tumores negros que les consumían, como el ácido, su antigua y apergaminada piel—. Y jamás apartaría a un viejo amigo como este en ningún caso. Pero ¿ocultarlo? Sea, si así lo deseáis. —Y volvió a meterse el crucifijo por dentro en la camisa.

Varios vampiros se abalanzaron hacia Callahan de inmediato, sus fauces preñadas de garras tenían dibujada lo que podría haber sido una sonrisa. El padre extendió las manos hacia ellos. Los dedos (y la culata de la Ruger) resplandecían, como si los hubiera sumergido en fuego azul. En cierta forma, los ojos de la tortuga se habían inundado de luz; le brillaba el caparazón.

—¡Apartaos de mí! —gritó Callahan—. ¡La fuerza de Dios os lo ordena!

SIETE

Cuando el terrible chamán se volvió para encararse con los Abuelos, Meiman de los taheen sintió que el encantador poder de atracción de la tortuga disminuía un poco. Vio que el muchacho había desaparecido, y eso lo llenó de desesperación, aunque seguramente habría logrado avanzar y no salir a hurtadillas. De ser así, todo iría bien. Pero si el muchacho encontraba la puerta a Fedic y la utilizaba, Meiman podría verse metido en un buen lío. Porque Sayre daba cuentas a Walter o' Dim, pero Walter solo daba cuentas al mismísimo Rey Carmesí.

Daba igual. Cada cosa a su tiempo. Primero había que arreglar el lío del chamán. Conseguir que los Abuelos dieran media vuelta. Luego seguir al muchacho, tal vez podría funcionar el gritar que, después de todo, su amigo lo quería…

Meiman (el Hombre Canario para Mia, Piolín para Jake) avanzó sigilosamente, agarró a Andrew —el gordo con el esmoquin de las solapas de cuadros escoceses— con una mano y con la otra a la jilly aún más regordeta. Hizo un gesto hacia Callahan, que estaba de espaldas.

Tirana sacudió la cabeza con decisión. Meiman abrió el pico y le silbó. Ella se apartó de él. Detta Walker ya había puesto los dedos en la máscara que llevaba Tirana y colgaba, hecha jirones, de su mandíbula y cuello. En el centro de la frente se abría y cerraba una herida roja, como la agalla de un pez muerto.

Meiman se volvió hacia Andrew, lo soltó durante el tiempo suficiente para señalar al chamán, y pasó la garra que le servía como mano por su cuello plumífero con un gesto forzadamente expresivo. Andrew asintió en silencio y apartó las rechonchas manos de su mujer cuando esta intentó retenerle. La expresión de humanidad fue lo bastante clara para transmitir que el hampón con el esmoquin chabacano estaba reuniendo valor. A continuación dio un salto hacia delante con un grito ahogado y agarró a Callahan por el cuello, no con las manos, sino con sus rechonchos antebrazos. Al mismo tiempo, su jilly se lanzó hacia delante, propinó un golpe a la tortuga que el padre tenía en las

manos, y gritó al hacerlo. La *sköldpadda* cayó sobre la alfombra roja, llegó rebotando bajo una de las mesas, y allí (como un barco de papel, de esos que muchos de vosotros recordaréis) desaparece de esta historia para siempre.

Los Abuelos seguían sin avanzar, al igual que los vampiros Tipo Tres que estaban cenando en el comedor principal, pero los hampones y hamponas percibieron la debilidad y avanzaron, primero de forma dubitativa y luego con una seguridad creciente. Rodearon a Callahan, se detuvieron, y luego se abalanzaron sobre él todos a una.

—¡Soltadme, en el nombre de Dios! —gritó Callahan, pero, por supuesto, no sirvió de nada. A diferencia de los vampiros, los seres con la herida roja en la frente no reaccionaban ante el nombre del dios de Callahan. Lo único que le quedaba era esperar que Jake no se detuviera, ni que decir tiene que volviera sobre sus pasos; que Acho y él volaran como el viento hacia Susannah. Que la salvaran si podían. Que murieran con ella si no lo conseguían. Y que mataran a su bebé, si tenían oportunidad. Que Dios se apiadase de él, pero se había equivocado al pensar esto último. Tendrían que haber acabado con la vida del bebé en el Calla, cuando tuvieron oportunidad.

Algo le golpeó con fuerza en el cuello. Ahora los vampiros podrían acercarse, con o sin crucifijo. Se abalanzarían sobre él como los tiburones que eran en cuanto les llegara el primer tufillo de su sangre vital. «Dios mío, ayúdame, dame fuerzas», pensó Callahan y sintió el flujo de la fuerza en su interior. Se movió hacia la izquierda cuando las zarpas le desgarraron la camisa y la dejaron hecha jirones. Durante un instante logró liberar la mano derecha, y todavía sujetaba la Ruger. La dirigió hacia el rostro de gesto esforzado, sudoroso y congestionado por el odio del gordo llamado Andrew y colocó el cañón de la pistola (que, en un pasado lejano, el padre de Jake, ejecutivo de televisión bastante obsesivo, había comprado para proteger su hogar) contra la blanda y roja herida de la frente del hampón.

—Nooo, ¡no l'agas! —gritó Tirana, y al tiempo que se acercaba a la pistola, la pechera de su vestido reventó y sus enormes

pechugas quedaron al aire. Estaban recubiertas por una burda pelambrera.

Callahan apretó el gatillo. La detonación de la Ruger en el salón fue ensordecedora. La cabeza de Andrew estalló como una vasija llena de sangre, y salpicó a las criaturas que se habían amontonado tras él. Se escucharon gritos de horror y estupefacción. Callahan tuvo tiempo de pensar: «Se suponía que no tenía que ser así, ¿verdad? —Y también—: ¿Con esto basta para que me hagan miembro del club? ¿Ya soy un pistolero?».

Tal vez no. Pero allí estaba el hombre pájaro, de pie, justo delante de él, entre dos mesas, abriendo y cerrando el pico, el cuello se le hinchaba y se le deshinchaba visiblemente por la agitación.

Callahan sonrió, se apoyó en un codo mientras la sangre de su garganta desgarrada se derramaba sobre la alfombra y apuntó con la Ruger de Jake.

—¡No! —gritó Meiman, llevándose las maltrechas manos hacia la cara con un vano gesto de protección—. No, no, no puedes…

«Claro que puedo», pensó Callahan con regocijo infantil, y volvió a disparar. Meiman dio dos pasos tambaleantes hacia atrás, luego un tercero. Chocó con una mesa y se desplomó sobre ella. Tres plumas amarillas salieron revoloteando hacia arriba, con una perezosa oscilación.

Callahan escuchó aullidos desaforados, no de rabia ni de miedo, sino de hambre. El olor a sangre por fin había penetrado por las hastiadas fosas nasales de los antiguos, y ya nada los detendría. Así que, si no quería acabar siendo uno de ellos…

El padre Callahan, otrora padre Callahan de Salem's Lot, volvió el cañón de la Ruger hacia sí mismo. No perdió tiempo buscando la eternidad en la oscuridad del cañón, sino que se lo apoyó con fuerza debajo de la barbilla.

—¡Salve, Roland! —exclamó, y supo

(*la ola los eleva la ola*)

que lo habían escuchado.

—¡Salve, pistolero!